

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA
DOMINGO XVII TIEMPO DURANTE EL AÑO

Podemos ver que cuando sucede una catástrofe nuestro pueblo tiene esa capacidad de solidarizarse frente al dolor ajeno, a sacar lo mejor de sí; y lo mejor de sí no es la bronca ni el insulto -que es el primer huésped que en ese momento se nos aloja en el corazón- sino el dejarse de suspiros infecundos y ofrecer las manos para colaborar, como este niño que ofrece sus cinco panes y dos peces.

Son capaces de postergar el propio interés, creyendo que sus problemas y dolores pueden también subordinarse poniéndolos detrás de otros más grandes o más urgentes, de otras personas que necesitan de mi corazón y de mis manos, ahora.

¡Pero no necesitamos esperar que ocurra una catástrofe para salir de nosotros mismos! Debemos aprender a ver en lo cotidiano la pequeña o gran multitud hambreada que nos rodea, o que se nos ha encomendado, que frente a ellos no hay tiempo de despedida sino que siempre es el tiempo de la acogida. Hambreados de pan material, de un gesto de cariño, de una palabra de aliento, de un estarse al lado simplemente en silencio, acompañando, etc.

No podemos pasar distraídos por esta vida sin hacernos cargo de las pequeñas o grandes multitudes que Dios ha puesto a nuestro lado. Debemos despertar en nosotros ese radar natural para que seamos capaces de captar dónde hay más dolor alrededor nuestro, donde estamos haciendo más falta. Y de esa manera saciar a muchos hambreados que, muy cerca nuestro, todavía esperan bajo los escombros de la indiferencia.

Porque lo que importa, no es cuanto se dé o se tenga. Importa que se dé. No importa que sea poco, pero sí que sea todo, sin reservas. Dios hace milagro no con mucho, pero sí con todo, aunque sea muy poquito. Porque eso que es muy poco para mí, en las manos del Señor es suficiente.

P. Víctor Cáceres